

**Una obra educativa, real maravillosa y regional:  
*Muertos que nunca mueren* (EUNA, 2018), de Miguel  
Calderón-Fernández**

**An Education, Marvelous Real and Regional Literary  
Work: *Muertos que nunca mueren* [Dead who never die]  
(EUNA, 2018) by Miguel Calderón-Fernández**

**Uma obra educativa, real maravilhosa e regional:  
*Muertos que nunca mueren* [Mortos que nunca morrem]  
(EUNA, 2018) Miguel Calderón-Fernández, EUNA, 2018**

M.A. Víctor Barrantes-Calderón

Recibido: 15 de junio 2019

DOI: <https://doi.org/10.15359/tdna.35-65.18>

Miguel Calderón es un estudioso del presente y eso lo ha llevado a hurgar en el pasado (como debe ser). Sus constantes lecturas, alimentadas también por la historia oral y, en muchos casos, incluso por boca de los propios protagonistas, le han permitido ir armando un concepto de sociedad costarricense que nos ha venido ofreciendo en sus obras. Ya con *La mansión* nos había dado un anticipo y con



*Muertos que nunca mueren* [EUNA, 2018] nos ofrece un cuadro más completo.

Hay personas que nunca mueren porque la historia oficial se encarga de que así sea, pero también existen otros personajes que se han ocultado deliberadamente. Por eso es que hay que sacarlos del olvido, pues forman parte de la memoria colectiva y del imaginario de un pueblo. Muchos de los personajes de esta novela no han desaparecido porque encontraron en los compañeros de causas y batallas de entonces, y en Miguel Calderón, ahora, los aliados que necesitaban para convertirse en “muertos que nunca mueren”; hablo, sobre todo, del personaje principal: el General Tijerino.

Esta es una obra educativa en varios sentidos. Primero nos presenta, de otra forma, a esos líderes nacionales y latinoamericanos, quienes que nos han servido como referentes de las luchas emancipatorias. Pero más importante que aquellas razones por las cuales los conocemos, Miguel, en su afán por explicarnos los contextos de los que surgieron estos líderes, nos ofrece elementos adicionales sobre sus *backgrounds* o antecedentes, lo que aclara aún más el sentido de sus batallas; es decir, a través del dato histórico y del estudio del contexto, el autor nos acerca a la sociedad que está describiendo. Esto es así porque —siguiendo a Adam Schaff en *Historia y verdad*— aún cuando todos (como historiadores) reconozcamos unánimemente el hecho mismo y su importancia, cada uno lo presenta y lo explica a su manera.

Claro, hay que decir también que algunas descripciones vienen salpicadas con un poco o mucho de ficción en varios tramos, y esto, igualmente, nos sirve para hacer más cercana la obra. Digamos que Miguel humaniza al personaje y nos ofrece elementos adicionales, nunca antes abordados por la historia tradicional, que nos permiten ampliar la perspectiva sobre cada uno de ellos. Citemos, por ejemplo, a Pabru Presberi, Rogelio Fernández Guell, Marcelino García Flamenco, Juanito Mora, José María Cañas, en el ámbito nacional; en el latinoamericano, a Benjamín Zeledón, Augusto César Sandino, Carlos

Fonseca Amador, Farabundo Martí, Monseñor Arnulfo Romero, Emiliano Zapata y, por supuesto, al protagonista principal de esta obra, Enrique Somarribas Tijerino; así como algunos otros de los que solo sabemos de oídas. En resumidas cuentas, estamos ante una expresión de la fórmula hecho + ficción = interpretación.

Pero *Muertos que nunca mueren*, asimismo, es un texto educativo, porque refiere (y reinterpreta) obras emblemáticas de la literatura universal (cito un par de casos: *El viejo y el mar*, de Ernest Hemingway; *La madre*, de Máximo Gorki), las cuales el autor integra —con mucho sentido— a su propia historia.

Otro elemento diferenciador en esta novela es que nos permite dimensionar, de una forma bastante cercana y familiar, nuestras luchas latinoamericanas. Diría que en esta misma línea se acerca a obras que también refieren a procesos revolucionarios, como *La mujer habitada*, de Gioconda Belli o *Desertor*, de Juan Ramón Rojas, por citar un par, entre varias.

Además, ubicaría este en la categoría de lo real maravilloso o el realismo mágico, en pasajes que nos remiten al mismo Carpentier o García Márquez. Lo ilustro con las bandadas de lapas multiplicando, con sus gritos y graznidos, la presencia de Pabru Presberi, el mito de que a Tijerino las balas le pasaban rozando los costados y nunca lo tocaban, como tampoco a su



caballo, o con los gigantes más altos que los árboles camino al patagónico sur en tiempos de verano, convertidos —tras su muerte— en las montañas de la cordillera de Talamanca.

### Literatura regional: la voz del General

Miguel le hace un gran aporte a lo que podríamos llamar literatura regional. A través de la universalidad de su narrativa, logra, sin embargo, ubicar al lector en un espacio geográfico específico: el costarricense, pero el del sur, el de la compañía bananera. Pone en perspectiva el mundo del trabajo, el del peón de la bananera, quien, cuando se queda sin explicaciones sobre sus miserables condiciones existenciales, apela a los textos bíblicos tantas veces referidos en la Iglesia o en las afueras de ella, tratando de buscar una respuesta a la explotación y a la condena que significaba vivir en esos años como peón de la compañía bananera.

De ahí que emocione tanto el razonamiento que hace acerca de la huelga, pues da cuenta de la fertilidad que las explicaciones de Calufa tenían en aquella gente sumida en el abandono y en el más pernicioso círculo de la pobreza. Vuelve a surgir la inspiración revolucionaria latinoamericana, que nos llega —esta vez— en forma de canción, con Silvio Rodríguez y Víctor Jara.

De este mundo, Miguel también sabe transmitirle al lector detalles como la

importancia de tener un buen caballo; es un mundo rural, con las dificultades propias de la Costa Rica de mediados del siglo XX, que aún no había logrado las conexiones terrestres para automotores hoy conocidas y, por el contrario, disponía de una ruta marítima muy activa entre Puntarenas y Puerto Cortés. Esto, que puede sonar a verdad de Perogrullo, es, no obstante, un elemento que nos permite imaginar, de una manera más cercana a la realidad, cómo funcionaba esa Costa Rica meridional de entonces.

Es importante, de igual modo, el rescate que hace sobre las costumbres de las comunidades indígenas; esa otra Costa Rica que sigue siendo tan incógnita y mística para nosotros y a la que atribuimos poderes casi mágicos, aunque sigamos desconociendo en mucho su macrocosmos. Miguel nos da algunas pistas para acercarnos un poco.

Finalmente, el habitante de San Isidro se sentirá identificado con ciertos pasajes. Cito uno: la mujer que muere ejecutada por los hombres de Tijerino y arranca de lo más hondo de su amado aquel canto de *Las garzas*, que todavía hoy resuena con nostalgia entre los sanisidrogenerales, como los llamaba Aguilera Garramuño.

La obra cierra muy bien. Nos vuelve a llevar al punto de inicio, habiéndonos dejado en el transcurso de la lectura, una historia contada, pero de otra forma.

